

Nota informativa: la ordenación de los siguientes fragmentos no se corresponde con la disposición de los mismos en *Ya sentarás cabeza*. Los siguientes textos han sido seleccionados con el objetivo de ofrecer una pequeña muestra de la totalidad de la obra.

Una pequeña decencia del escritor consiste en no ir demasiado de escritor.

Tal vez quepa estar orgullosos, según dicen, de lo que hemos leído. Pero me temo que en nuestros días el mayor orgullo está en lo que no hemos leído.

En el verano de 1996 hubo incredulidad en mi casa cuando anuncié que quería irme a Suecia con unos muchachos alemanes a montar en bici y hacer piragüismo —o remo, o como se llame ese infierno de deporte— allá en los lagos de Escandinavia. Yo ya era para entonces hombre de culo prudente en lo que respecta al ejercicio y, aunque de muchacho había montado mucho en bici, haría ya un par de años o más que la había cambiado por el tabaco. En cuanto al remo, toda mi experiencia deportiva se limitaba a cinco minutos en el estanque del Retiro, donde pude comprobar que remar cansa,

antes de dejar que otro compañero de clase se amarrara al duro banco. La idea, claro, era aprender alemán con el grupo de muchachos alemanes, o así lo vendí en casa, y el resto, fuese piragüismo o filatelia, era lo de menos. Había sacado unas notas espléndidas y no me lo negaron. Por mi parte, para justificar por qué di allí —en el remo, en el ciclismo— solo puedo argüir que debió de ser una de esas cosas tan estúpidas y disparatadas que nos cuesta decirles que no. Y allí me fui. Decía Nietzsche aquello de que, si uno tiene un por qué, es capaz de soportar cualquier cómo. Y no negaré que he tenido una vida blanda y ociosa: el ser humano es capaz de soportar hambre, necesidad y privaciones por la crueldad de la vida, la dignidad de un ideal o el heroísmo de una misión. Pero pasarlo mal por banalidad y deporte es, en efecto, un disparate o una estupidez.

Edad adulta: ese momento de la vida en que ser imbécil ya no es gratis.

Conocerse a uno mismo lleva a la sabiduría, sí, pero con escala en la decepción.

Hace veinte años traían de Nueva York vaqueros etiqueta 501, polos de Polo, mocasines de Bass o de Sebago, tazas con el anagrama de la ONU, algún *gadget* de tecnología inhabitual. Siempre trajeron camisas y corbatas de Brooks Brothers, números del *Vanity Fair* o del *New Yorker*, frascos de Grey Flannel para oler a violetas en invierno. En los noventa, en Dean and DeLuca vendían lo que no se vendía por aquí: sartenes de cobre, agua sueca, salmón de Alaska y sales —negras, rojas— de Hawái. Todo eso se encuentra hoy en el supermercado Día. Por si no basta Amazon,

Barnes & Noble y Strand también tienen estantes virtuales; Kiehl's regala muestras en la calle Hortaleza; desde su cibermostrador, la carnicería Lobel's despacha sus filetes más pijos a cualquier rincón del mundo. En la ciudad de Madrid, año 2007, es más fácil conseguir una caja de Clos du Mesnil, un terapeuta ayurvédico o un tinte para el pubis que un libro de Balzac. Hace veinte años ocurría al revés pero prefiero no sacarle al mundo moralejas.

* * *

Hay un alivio muy sutil en que nuestro dolor no importe nada al mundo.

* * *

A veces me molesta que me pidan cosas, momento en el cual me da por recordar las veces que yo tengo que pedir cosas a los demás. El mundo siempre se las arregla para cuadrar —en concreto, para cuadrar en nuestra contra. He ahí una pedagogía inagotable.

* * *

Se llamaba Julián, nombre inactual en nuestra quinta, y para agravarlo todo le llamaban —le llamábamos— Julapo. A cualquiera se le han reído por las orejas o por lo gordo o por los granos, y quizá eso tenga algo de instructivo, pero ¿qué infierno de infancia no habrá tenido ese chico? ¿Qué humillación se le ahorró en la entrada de la vida?

Julián era el hijo del bedel, quizá también de nombre Julián, hombre de buena planta, con patillas de Palafox, y no sé si jefe de bedeles, pero bedel. Que Julapo era distinto se notaba en todo, en esas pequeñas diferencias que los pequeños hijos de puta, ya conscientes del estatus, agrandábamos: Julián no llevaba zapatillas Nike o Reebok, llevaba Yumas o Fer-Gar. No llevaba los libros forrados con aironfix, sino con papel de estraza. No llevaba *plumas* de marca, sino un anorak setentero. Julián no tenía Semana Blanca.

No repartía gominolas cuando era su cumpleaños y nadie le llevaba a ver el Madrid. Lo tratábamos como si oliera diferente, a un jabón más barato.

Julián no era un niño feo: alto, delgado, más rubio que moreno, bien constituido, tenía si acaso la voz rara de alguien que no está acostumbrado a que le den conversación. A quién le extraña que no fuera buen estudiante. Las profesoras del CEU, que eran muy tontas y muy frívolas y muy crueles, también parecían tenerle un poco de asquito. Y yo creo que en casa le caía alguna zurra.

Julián era el envés en sombra de un colegio pijo y parecíamos tener la necesidad colectiva de hacérselo notar, cosa que se lograba con gran éxito. El pobre, que no se explicaría nada, de cuando en cuando intentaba caer bien, hacerse perdonar, disimular, integrarse: en la infancia, la alegría es lo último que se pierde. Pero en esas raras ocasiones en que lograba por milagro hablar con alguien, nunca faltaba otro que venía a espetarle un «¡Julapo!» o a, qué sé yo, aplastarle la plastilina, para restablecer el orden de las cosas y que recordase cuál era su lugar. Y él, en efecto, se recogía rápido: ya tenía el reflejo hecho al rechazo, como un perro miedoso.

Alguna vez me he acordado de él. ¿Sabría su madre de las humillaciones? ¿De los insultos y desprecios a esa edad en la que todo tenían que haber sido abrazos y mantas calentitas y fiestas en el pelo? Su padre, sin duda, sí lo sabía, pues alguna vez Julapo acudía a él, supongo que cuando todo se le hacía demasiado amargo, demasiado cuesta arriba, en busca de un poco de consuelo, y el padre lo despachaba muy deprisa. Tal vez tuviera vergüenza de su hijo —eso parecía—, sentimiento que creemos cruel hasta que uno piensa que no era sino una manera de evitarse otros sentimientos más dolorosos. O quién sabe, quizá solo le apremiaba a ser duro y le decía, no me vengas con tonterías, tienes que aguantar, menudo machote estás tú hecho, eso son cosas de niños.

Pero me pregunto si eso quedó ahí, como cosas de niños. Porque lo recuerdo llorando por el patio, llorando por esos campos tan vastos que tenía el CEU de Montepíncipe, siempre solo, buscando los rincones más apartados, con los mocos asomados a la nariz. O enfadado, encorvado, caminando rápido, con las manos en los

bolsillos, masticando su rabia. ¿Qué habrá hecho con todo ese dolor? ¿Es una tristeza que prescribe? ¿Qué le queda, cuando mira a esos años, en teoría los más dulces de la vida? Y qué nos queda a nosotros. Puedo excusarme y pensar: no fui de los peores, me causaba curiosidad, alguna vez le hablé, me daba pena. Pero no es verdad o, si fuera verdad, sería lo mismo. Nada de mi dolor de hoy puede pagar ni una sola tarde del suyo. Solo me queda la culpa: esa extensión fría, interminable. Ese espejo. Perdónanos, Julián, porque sabíamos perfectamente lo que hacíamos.

* * *

El verano es el castigo de Dios a los españoles: todo el país parece un plató de Telecinco. Allá donde se vuelva la mirada, una chancla, una adiposidad, un tipo que ha visto juicioso tatuarse un dragón en la calva. Y ruido, siempre ruido. La naturalidad con que ocurre no deja de pasarme, actores de nuestro propio cliché. Como no hay escapatoria, uno se retira al campo para, fundamentalmente, no ver a nadie: es la tristeza de tomar vacaciones para huir de quienes toman vacaciones. ¿Podríamos ir —cabe preguntarse— a algún sitio bonito, más o menos agradable, con veraneantes civilizados; alguna playa tranquila, un rincón de mar no muy atestado? No: podríamos haber destruido nuestra costa, y aún tendría posibilidades de recuperación, pero hemos hecho algo mucho más irreversible —construirla.

* * *

Se ha difamado no poco a la tarde del domingo, cuando la tristeza del domingo es de esas que acurrucan. Vivir la casa como quien la redescubre, dormir, entredormir, leer y entreleer: la soledad no como hondón metafísico sino como vivencia doméstica, ese silencio que tan bien se sabe mezclar con la penumbra. De pronto, sabemos que todo el mundo está en su casa, entregado a la mejor actividad a la que se puede entregar el ser humano: no molestar a los demás. Alcohólicos en delirio de puertas cerradas, novelistas de fin de

semana, bulímicos de la Wikipedia, adolescentes de alma rota, eruditos al detalle, padres primerizos, novios en floración de ñoñería: todos hemos sido alguna vez habitantes a perpetuidad del domingo por la tarde, como una libertad condicional en medio de la vida, un plazo en que el mundo vuelve al silencio, una digestión puede tener el empaque de una convalecencia y la vida se estanca del lado de acá de los visillos.

De esa paganía de la Nochevieja quedarán siempre un par de muertes por necesidad mezclada con alcohol y la página tragicómica de quienes estrenan calendario con el coche caído en un colector de aguas fecales. Ya se sabe que la Nochevieja tiene no poco de exaltación poligonera y —en general— que hay años que es mejor no levantarse. Otra vez hemos vuelto a felicitar al año como si no supiéramos que los SMS los escribe el diablo. Por si acaso, evítense el champán tibio, el licor de hierbas, el pack de cotillón todo incluido y esa tentación de hacer un balance vital que siempre nos dejará como deudores.

El Año Nuevo, en cambio, tiene siempre algo de claridad y de promesa, como rejuvenecer un día, una esperanza fluida y moderada, con los píos deseos de acometer la dieta de la piña después de tanta grasa, tomar lecciones de baile de salón o ser mejor persona aunque ya estemos llegando un poco tarde. Todavía damos en celebrar como si quisiéramos conjurar la desgracia o apelar a las misericordias de la vida.

Para 2009, me pido no pocas felicidades razonables y pragmáticas: la resurrección del Real Madrid, mantenerme lejos de la depresión o el cáncer, conservar la amistad de los amigos, conducir descapotables, no desear una vida más fácil, que los Reyes Magos nos dejen carbón y no un saco de polonio. Larkin mira los árboles y nos transcribe su lección: «Ha muerto el último año, parecen decir, / comienza tú, comienza tú también de nuevo».

En lo que afecta a la vida en sociedad, no está claro que molesten más nuestros defectos que nuestras virtudes: tal vez a nadie le importa que seas un borrachín, pero ser un empleado modélico te va a ganar mil y una rabias.

* * *

No hay juventud que no haya que perdonarse.

* * *

La vejez. Cervantes escribió el *Quijote* cuando ya no le quedaban ni dientes ni esperanzas, Reagan aspiraba a octogenario al caer el Muro y Miguel Ángel alzó sobre su edad proveya una cúpula en San Pedro. Velázquez se va con *Las Meninas*, y Tiziano, «con ahínco de amor y de trabajo», según Cernuda, descifra, ya maduro, el cuerpo de una ninfa.

A la inversa, el mito del artista adolescente conoce hoy mutaciones sucesivas, del estadista yogurín a los triunfitos de la canción ligera o el respetable paterfamilias que —de tanta presión— se infarta cualquier domingo al posar de *runner*. No falta el cuarentón que imita el vestir del hijo adolescente ni tanto soltero buscador de la atemporalidad en el paraíso de los hipsters. En fin, asusta pensar que David Bustamante ya nos vaya a acompañar toda la vida.

Que la juventud haya pasado de mal transitorio a canon absoluto es algo que tenemos ahora en casa cada día, con el niño que tiraniza la televisión y se postula para la cabecera de la mesa. Dista una generación entre aquella niña que hurtaba el pintalabios de la madre y esa otra que le presta sus vaqueros. A los ancianos, mientras, se les obliga a una hiperactividad de clases de internet o de tai-chi: de pronto, vemos que hay prejubilados a los 55 o los 60, esa edad en que cualquier inteligencia va cuajando en experiencia. Por mi parte, creo que había no poca verdad en la intuición de que somos más sabios cuanto más pertenecemos al tiempo. Es el sol «que demora su esplendor cercano del ocaso».

* * *

La mayor parte de los lunes intento acostarme sobrio. Cuesta, pero va bien con ese tono algo menor que tienen esos días... Antes daba paseos otoñales, algo tristes, con la novia. Ahora suelo ir al Retiro. Voy sin propósitos trascendentes, ni literarios. Voy a caminar un rato, como un perro cuando lo sueltan. Me libero de la hijoputez del día y estiro las piernas y me siento bien conmigo mismo como si viviera en un anuncio de L'Oréal. Me acuerdo de cuando terminaba algún examen en la facultad y visitaba la Rosaleda y me volvía. Ahora, sin embargo, estoy yendo menos a la Rosaleda. El Retiro está oscuro y todo lo ameno se vuelve inquietante, y me da miedo que me violen o algo. Para mí, esto de ir al Retiro es como un *spa*, pero en barato y sin coger hongos. Como tantos placeres baratos, el paseo está sobrevalorado y en el fondo creo que es mucho mejor quedarse en casa a leer o a escribir o a hacer cualquier otra cosa que sea inútil.

* * *

A mi edad comienza uno a ver ya vidas que se van deshilachando o rompiendo: aquel que nunca cobrará un sueldo digno, el otro que falló en su mejor oportunidad, el que quería hijos que quizá nunca tendrá, el que se quedó varado en alguna canción de los ochenta o el que de pronto decide algo literalmente imposible como romper con su pasado o su mujer. Solo sabemos que la vida va en serio cuando comienza a vengarse de nosotros.

* * *

Las cenas de amigos tienen algo de código de honor, cuando ya todos lo sabemos todo de todos y somos lo suficientemente añosos como para pavonearnos de triunfos o desgracias. Son viejas tradiciones que hay que honrar, de preferencia en esos sitios a los que uno no lleva a la novia y se bebe igual que se come: en serio, es decir, mucho. Todo comenzará por uno de esos abrazos madrileños

que tanto glosó Pla y ese rompimiento de gloria que es el aperitivo, y quién sabe si no terminará —etilismo de por medio— con alguno dormido sobre los escalones del metro. Bienaventuranza de esos restaurantes que no tienen prisa por cerrar y que en la hora cómplice dejan encender el pitillo o el puro para hablar de esas cosas que no saldrán de la mesa porque, al fin y al cabo, estamos entre señores.

* * *

El precio de la precocidad es el arrepentimiento.

* * *

Quizá Mariano Rajoy terminaría por hacerse querer más si optara —como dicen las revistas de autoayuda— por ser más natural. En su caso, eso implicaría que la opinión pública conociera lo que otras revistas —los dominicales— llaman su lado humano, a saber: qué vitolas de puros prefiere, por qué ciclistas apuesta, si es de los fans de Messi o de los admiradores de Cristiano Ronaldo. En Génova, sin embargo, apuestan por los montajes de mayor pintoresquismo: como resulta anticuado saludar a las fruteras y rodearse de niños, se trata de que Rajoy llegue a caballo o aparezca ante las cámaras cruzando un arco del triunfo. Ya lo hemos visto haciendo de parado a la puerta del INEM, repartiendo comida en la sopa boba, probando aceite andaluz, queso manchego y jamón extremeño. Ahora no logro recordar qué hizo en Canarias pero, si se da prisa, todavía es temporada de *calçots* y en Cataluña hacen falta muchos votos.

* * *

El hotel Puerta de América fue inaugurado en un momento de la España precrisis —año 2005— en que a la gente le parecía razonable gastarse doce euros en una botella de agua mineral. Hoy las cosas han cambiado y el chic vuelve a estar en la jarra de agua

de toda la vida. El Puerta de América es una especie de paella mixta de distintos arquitectos, con el único denominador común de que todos son caros. Así, el viajero con algún sentido de la estética puede perecer si ve que una planta es un calvario Mariscal y la siguiente es un círculo del infierno Norman Foster. El hotel ha venido atrayendo una clientela poco reputada, de gentes de alguna afuera de mal tono y raperos en general, que contribuyen a darle un ambiente de violencia soterrada. Entre el naranja eléctrico y el púrpura fosforito, el Puerta de América se alza como un recordatorio de esa muchedumbre de pecados que nos llevaron a la crisis.

* * *

La chica de ayer lleva cuatro embarazos, los pecios de la movida se han reciclado en consultores y las momias de los cantautores duermen en algún hangar de TVE, a la espera de las reposiciones navideñas. Solo Julio Iglesias sigue siendo Julio Iglesias, como un postizo de sí mismo, superviviente a tantos años de moreno abrasivo, injertos de cabello y mujeres fabulosas. Abandonó ya el look del verano eterno para pasar al traje cruzado de los *crooners*, pero aún activa el resorte necesario al decir «me va, me va, me va». ¿Cómo no perdonarle el fricatizar la uve? A él le perdonaríamos un pasacorbatas con perla o un anillo respingón en el meñique. A lo que no estoy dispuesto es a pedir perdón yo porque me guste.

Ahora saca disco nuevo, con la virtud de sonar, exactamente, como si fuera uno de los discos viejos. Hay algo pasmoso en que Julio todavía llene pabellones de deporte con las madres y las hijas de esa clase media a la que ofrecía un romanticismo muy cargado, de nubes de algodón y vacaciones junto al mar. Era una buena excusa para ponerse sentimentales o algo ñoños, más misericordiosos con nosotros mismos. Quizá es que la vida podía ser maravillosa con el guion de Julio Iglesias, en algún lugar costero e irreal que por defecto era Miami o Acapulco aunque quizá solo fuera un Benidorm con pan de oro. En todo caso, nunca le han faltado las mejores bailarinas, la banda de trompetistas mexicanos,

como una de esas fiestas donde van y vienen bebidas de colores tropicales. Al final, Julio terminó por decir el mal de amores con gracia y *kitsch* insuperables, quizá para fijarnos en la mente que una cosa es tener voz y otra es saber cantar. Véase que destrozó el repertorio clásico del tango con total autoridad. Como algunos pantalones blancos, hay cosas que solo puede permitirse Julio Iglesias.

En los últimos años ha estado más bien callado, a la espera de sorprendernos otra vez con un ataque de blandura y así vivir un minuto de felicidad pura en los bailes de las bodas. Será un poco más de languidez, con órganos que tocan como si fueran violines y toda la expresión emotiva que logra alcanzar un sintetizador bien temperado. Tantas y tantas canciones, tan lejos de la música comprometida o del juglarismo urbano, tan lejos de reivindicar nada, con un desdén que sabía hallar por el pie la ligereza. Todo fachada, Julio bien podía ser el Gatsby hispano que sufre aun cuando todos le busquen como amigo. En realidad, era más bien el tipo con suerte al que le cagaba una paloma y salía premio o se rompía una pierna en el Real Madrid para encabezar poco después las listas de éxitos. No sé si es un elogio o no a su —¡nuestro!— humus natal, pero es la expresión artística más conseguida del Madrid pijo.

En Julio Iglesias tal vez no haya un moralista pero queda la figura tan triunfal que no parece de este mundo, sin ambiciones de ser Mozart, Agustín Lara o Dean Martin. Ahora se dedica a coleccionar grandes *crus* de Burdeos, pero le debemos haber popularizado el inglés de Chamberí y que uno pueda viajar aquí y allá con el premio de ser compatriota de un equipo y de un cantante. En el coche, de pronto, irrumpía para ofrecer una verdad elemental, sencilla y asumible, que ponía los pies tontos hasta a los catedráticos de Historia: «soy de aquellos que sueñan con la libertad...». Lo de Julio Iglesias ha sido el éxito por el éxito, siempre sucesivo de sí mismo cuando las lógicas de la vida ya lo debieran haber arrumbado en algún lugar de la memoria vergonzante. A cambio, él insiste con canciones donde se glosa el simbolismo del bacalao con papas o tan solo se dicen palabras

sueñas como *everybody*, *party* y *tonight*. Eso siempre se le ha dado como nadie. En su pequeña filosofía de bolsillo está el corresponder a este valle de lágrimas con un *hey*.

* * *

Primer discurso para Rajoy. El escenario no es Gettysburg —es una convención autonómica en Burgos. Tres mil quinientas palabras que me llevaron toda la mañana y buena parte de la tarde de sábado. He intentado ser reposado como creo que Rajoy es y razonable como se esfuerza en parecer. Por estúpido que parezca, a lo que más tiempo he dedicado es a ver si hacía un chiste sobre Burgos: «dicen que hace mucho frío, pero yo siento vuestro calor...». Al final, me lo envainé —y creo que mejor. Mi contacto en el gabinete, que es un encanto y que es hinchado, me escribió ayer mismo que «el discurso me ha gustado mucho. De hecho, es de los mejores que he leído de todas las personas que nos han mandado papeles y así se lo transmitiré a Alfonso (Senillosa) y a Jorge (Moragas). La forma es impecable y el fondo es muy muy acertado. Habría algunos detalles en cuanto a ideas que son demasiado arriesgados (redistribución de la ignorancia, por ejemplo). Pero vamos, nada importante». ¡Y yo que estaba encantado con lo de la ignorancia!

* * *

Paso la noche del viernes con el discurso cultural —un hueso— de Rajoy para acompañar la llamada Declaración de Cartagena. Venía directo de Lassalle. Era un texto ideal como reflexión en el *Babelia*, sin duda, pero a alguien como Rajoy, a quien no se le conoce una pasión por el cine de autor, le iba poco. Ojo, no soy ni mucho menos de aquellos que piensan que Rajoy es un filisteo: de hecho, su distancia de las ñoñeces y *míramas* de tanta cultura actual solo hablan de su buen juicio y, quizá también, precisamente, de cultura. Alguien que hizo un buen bachillerato en provincias y cursó con honores el plan de Derecho del 53 no puede ser inculto. Pero, de vuelta al texto, ¿cómo encajarle un «solo desde la creatividad sin

apriorismos ideológicos podréis configurar el alma de una ciudadanía emancipada de prejuicios»? Y, a la vez, ¿cómo cambiar, pobre de mí, la palabra sagrada de Lassalle sin incurrir en su ira? En fin, hice lo que pude, aturdido de café y cansancio, para entregarlo con sensación de derrota. No me han dicho si estaba bien o mal. Rajoy lo ha leído íntegro, sufriendo y sudando —no sé en qué orden fenoménico, por decirlo, ay, como en el discurso.

* * *

Lo más irritante de la época no es su crueldad, ni su vulgaridad, ni su ligereza: lo peor es su ñoñería, ese sentimentalismo insultante por el que ya hasta se ve normal que la compañía de la luz, al mandarte las facturas, se sienta bien porque les gusta «alumbrarte en tu camino».

* * *

Desde que el Congreso de Viena definió la diplomacia de la gastronomía —dales bien de comer y terminarán por firmar—, los políticos de todo lugar y todo tiempo no han sido conocidos por sus grandes privaciones. En el Congreso ofertan buen menú pero quién renuncia a picotear en una carta apetecible. Antes, sin embargo, compensa comenzar la mañana con los churros crepitantes de Casa Manolo, algo así como los medallas de oro en esas ciencias de la churrería. También hay buen vermú y luego famosas croquetas y riñones al jerez, entre carteles de reverberación hispánica. Los diputados más epicúreos alargan el paso para ir hasta El Landó: es una excusa para volver luego bajando la comida. El Landó es algo así como el tomismo y la filosofía perenne hechos cocina. Para opciones más modernas, hay partidos políticos que llegan a pagar la factura —también casi perenne, ay— del hotel Urban, mientras que el otro hotel —el Palace— es muy frecuentado por los representantes de la soberanía nacional. Ahí, los diputados expertos en economía eligen el restaurante convencional, mientras que los de Exteriores prefieren que les sirvan las camareras —sigilosas,

sinuosas— de su afamado comedor chino. Sin salir de Asia, en el comedor japonés de Lhardy se sirve un cocido —esto sí que es sincretismo— célebre desde tiempos de Isabelona II. Ahora, en verano, es tiempo de la terraza de diseño del museo Thyssen, como en invierno hay que buscar la complicidad del pitillo a escondidas en Errota. Suben y bajan por la Castellana los coches de los directores generales y la política española sigue sin abandonar el paradigma de la Restauración.

* * *

La fiebre del gin-tonic conoce tanto auge que casi parece que — como en tiempos de la ley seca— la ginebra se fuera a acabar. Es algo ya repetitivo, monocorde, plasta. Hay una competición pueril entre los restaurantes y los bares de Madrid por ver quién tiene más ginebras. O’Clock va por las setenta, El Padre ronda las cien. Las hay aromatizadas con incienso, con pimienta, con baobab. Las hay inglesas y secas y las hay americanas con un espectro de aromas como la cola de un pavo real. La más sorprendente quizá sea una — muy anisada— del Maestrazgo. Las botillerías de hoy son como un ejercicio pictórico de la transparencia, entre botellas de diseño nórdico y etiquetas todavía no ennoblecidas por el tiempo. Es una pena que el mundo contemporáneo haya roto la correlación que había entre el refinamiento gastronómico y la ambición estética — dicho de otra forma, dan ganas de ir al bar y pedir un Cola Cao.

* * *

Hacerse mayores: que el viernes deje de ser el día de la ilusión para convertirse en el día del cansancio.

* * *

Jardines de otro tiempo, el amor bajo la lluvia, los días de la vida, el vino que bebíamos ayer, un oro de fulguración antigua, la miniatura caligráfica de un poema. Honda rima de placeres y de ayeres.

Absolver el recuerdo está entre las primeras sabidurías. También puede pensarse que mientras tengamos recuerdos la vida no nos lleva por delante. Todo queda tanto en la memoria que casi nunca caemos en la superstición de recordar. La memoria como academia de la sensualidad.

* * *

Con el calor llega una relajación del look —ahora se dice estilismo— que afecta, más o menos, al diez por ciento de la Cámara. Es el número aproximado de diputados que han colgado la corbata y optan por ingresar en la trama del lino o por posar con unas chaquetas color crema que, en algunos casos —notablemente Arenas, que ni siquiera es diputado— son de la mayor irreverencia. En general, los socialistas se apuntan a esa incertidumbre que es el polo con chaqueta. Por contraste, a José Blanco se le ha visto subrayando las bondades de su dieta con un traje en color azul inverosímil y unos zapatos de ante tan sin mácula que todo hace pensar que no va en metro. *Côté* populares, los baleáricos son los que llevan los trajes más blancos, en tanto que Moragas calza unas zapatillas-zapato italianas de las de a ciento cincuenta euros —no el par, sino la pieza.

* * *

En la primera legislatura, las Cortes debatieron la prohibición de subir a la tribuna del Congreso con papeles. Al parecer, fue nada menos que Santiago Carrillo quien convenció a los demás de permitir los papeles, es decir, de permitir la lectura. El cronista del que oí esta historia —Reviriego— cuenta también que fue raro el hecho de que Carrillo lo prohibiera, pues precisamente Carrillo nunca tuvo necesidad de leer sus discursos. Al margen de esto, el declive de la oratoria pública es notorio, en forma y contenido. Un orador podía ser grande incluso mediante el refuerzo de su heterodoxia —Churchill y Azaña, por ejemplo, tenían la voz muy aflautada, e incluso, en el caso de Churchill, frenillo. En el

Parlamento actual, el papel de los nacionalistas siempre es agradecido a efectos discursivos. Duran, por ejemplo, sabe ser asertivo sin resultar violento. Maneja bien las manos, modula bien la voz. En vivo, Rajoy grita mucho más que Zapatero y se le descubre un rasgo provocativo que no sabe recoger la televisión. Zapatero tiene una gestualidad más propia de barra de bar, a veces casi pasotista. Soraya, en general, alegra mucho, va crecida, es incisiva, le gusta y lo pasa bien. Más allá de la forma, sin embargo, uno echa de menos un punto personal ya perdido en los discursos —no hay ningún discurso de los que leen Rajoy o Zapatero que no pudiera leer otro en su lugar.

* * *

Novedades. En *La Gaceta* han hecho un estudio de mercado y parece ser que hay una fuerte demanda de cultura entre los lectores. Esto es mentira, por supuesto, pero lo único que tiene la cultura es que aún adorna un poco, y por eso la gente la pide, a sabiendas de que no debe hacer ningún esfuerzo a cambio, ¿Cultura? Sí, y paz en el mundo también, y postre todos los días. Por esos caracoleos del azar o la Providencia, las respuestas de un señor de Miranda de Ebro o de Verín han terminado por afectarme y en septiembre me incorporo como redactor jefe de cultura a *La Gaceta*. Por una parte, bien: redactor jefe, diario nacional, joven todavía, cultura. Por otra parte, mal: quería seguir en la política todavía. Y, ante todo, es el fin no sé si de un paraíso, pero sí de un negocio bien montado: cuando he ido a hablar con el jefe de RR.HH. de la casa, que es un señor, ha entrecerrado los ojos y me ha sonreído. Como contratado cobraré menos que como colaborador. No tengo otra opción, sin embargo, me temo. Me incorporo en septiembre. Javier se ha enfadado mucho y Pepeape, sobrio, me ha felicitado. Me apena de verdad por ellos —parecerles ingrato, irme tras criarme a sus pechos.

* * *

Quienes nacimos hacia el año 1980, ya hemos hecho muchas cosas en esta vida que nuestros hijos nunca harán: pelear por el teléfono de casa, poner un disco a 33 revoluciones por minuto o traducir la expresión «cuarenta mil duros» sin recurrir a internet. Quienes nacimos hacia el año 1980 somos acreedores de mil melancolías como inocencias perdidas: haber visto el auge y la caída del *break dance*, vivir en una ciudad sin restaurantes tailandeses o haber venido al mundo —ay— más cerca de Franco que del euro y del Ducados que del Actimel. Los nacidos hacia 1980, en fin, ya tenemos —como dice un amigo mío— más cara de padres que de hijos. Y algunos no tenemos hijos todavía.

Si, llegada la mediana edad, el Dante se encontró «en una selva oscura», solo cabe pensar qué puede sucedernos a nosotros. Será una cifra redonda, pero los treinta son un momento complejo: si vamos a un bar, todos son más viejos o más jóvenes; si pasamos por una universidad, todos parecen nuestros hijos. En el trabajo, somos un bebé para los jefes y un señor mayor para los becarios. Por supuesto, también puede pensarse que —«a un lado la juventud libre y risueña; a otro la vejez humillante e inhóspita»— estas de ahora serán nuestras mejores tardes. Curiosamente, en los hitos vitales de la memoria —primer amor, primer trabajo, primer coche— se van haciendo hueco los pasos que nos llevan a esas arenas movedizas que llamamos madurez: constituir la hipoteca, el plan de pensiones, el seguro sanitario. La vida, que iba a ser el lugar de la aventura, se va convirtiendo en «el mundo de la aceptación», como el título de Powell. Es ese momento en que nos vemos a nosotros mismos tomando un Danacol a escondidas, escrutando las primeras canas en el espejo del baño.

No es el único espejo en el que podemos mirarnos: de todo empieza a hacer bastante tiempo y también podemos mirar por el retrovisor. Atrás hemos dejado todos los futuros que estábamos llamados a ser: ya nunca seremos el registrador que, al llegar las dos de la tarde, pela con toda paz sus langostinos; ni el cartujo que celebra al Creador cuando se estrena el alba, ni el erudito fastidioso destinado a gran profesor, ni el empresario del ocio que llena su yate de ucranianas y champán. Naturalmente, si no compensa pedir

los extractos de la propia vida, compararnos con los otros también puede ser vejatorio: a los treinta años, Pitt llevaba una década secando una botella de oporto cada día, y —dato no menor— un lustro de primer ministro de Inglaterra. François Villon ya se había bebido todas sus vergüenzas «en l'an trentième de mon âge».

A los treinta años ya uno se convierte en uno de esos viejos a los que mirábamos raro en las discotecas. No hay ninguna generación que escape a la ilusión de que el tiempo no pasará por ellos. Hoy los sociólogos ya han acabado con la crisis de los cuarenta como mito del pasado. A los cuarenta, hoy, uno está instalado y subiendo. A los cincuenta se llega al mediodía, y a partir de los sesenta se llega al golf, a la casa en Benicàssim y al «retiro activo». Ahora la crisis toca a los treinta, en esa flotación perpetua de la adolescencia por la cual tantos y tantos están sin casa, sin coche, sin pareja, sin trabajo, aunque con carrera, con máster y, con sorprendente frecuencia, adicción a la Play. El propio Villon, que moriría con aproximadamente treinta y dos, ya comienza con los lamentos elegiacos a los treinta: se pregunta dónde están las nieves de antaño, y afirma que es verdad que ha amado y que amaría de buen grado todavía: «et aimerais volontiers».

* * *

Parece mentira, pero desde que trabajo en un periódico, he redescubierto el placer de los periódicos: hay un momento de discretísima hermosura en las redacciones cuando, a eso de las once y media de la noche, sin muchos más testigos que esa policía de la gramática que es el retén de cierre, llega el diario que uno ha cerrado hará hora y media. Es el instante en que uno se da cuenta de que lo podía haber hecho mejor o de que —si salió bien— es por alguna razón inexplicable. También por la mañana, al levantarse, es un placer leer el propio periódico, aunque solo sea porque el periódico, por muy nuestro que sea, siempre nos sorprende. Luego no valdrá, claro, ni para envolver el pescado, porque estos años las pescaderías se han vuelto muy pijas, y sé de una que despacha la merluza envuelta en las páginas del *New Yorker*.

Si uno mira atrás, ¿qué es lo que queda de edénico y hermoso de la vida? ¿Días en Londres, en París? ¿Viajes? ¿Ese ocio perpetuo de la juventud? ¿Cuba, Nueva York? ¿Algún día con amigos, el amor nuevo, el amor consolidado? Quién sabe si algún vino memorable, la sorpresa de un lugar, las tardes de escribir o las noches de libros, alguna de esas clases o conversaciones en las que «ardía el corazón». Sin embargo, cabe suponer que la vida es una narrativa y no un álbum de anécdotas, y que lo que más se aprecian son cosas de fondo: el tiempo y la familia, los lugares donde hemos vivido, todas esas cosas que tienen un significado aunque no nos hayamos parado a dárselo.

El Café Comercial fue —literalmente— mi primera redacción, cuando uno pasaba por poco de los veinte y tenía la ilusión de llegar a periodista. Pocas ilusiones menos explicables, pocas más tenaces. Por entonces buscaba historias que me pudieran publicar, y creí que Guinea Ecuatorial lo tenía todo: petróleo a pie de playa, una oposición perseguida y un dictador cruel. Puede pensarse que esas son tradiciones comunes a no pocos países africanos, pero Guinea también tenía esa vieja huella hispana que no tenían, pongamos, Malawi o las Comores. Y era en el Comercial donde, bloc en mano, me reunía tantas veces con las gentes del exilio: «¿Sigue mal lo de Corisco? ¿Y qué dices que pasa en Black Beach?». Luego salía al frío de la calle, pobre como solo lo es un periodista a los veintipocos años, pero con el bloc —por suerte— en llamas. Después de esa temporada, ya nunca he vuelto a ser un *habitué* del Comercial: el café no era bueno, y la clientela —chicos con rastas que dialogaban sobre las miserias de la vida— tampoco me causaba mayores entusiasmos. A cambio, al Comercial había que agradecerle que no tuviera pizarras con frases *flower-power* ni carteles que anunciaran zumos purgativos. Tampoco servían esos gin-tonics que recuerdan a los balcones con geranios. Quizá por ese mismo anacronismo el

Comercial ahora amenaza el cierre. Y a uno le da pena, siquiera porque de los viejos cafés uno podía salir hacia el poder o hacia la cárcel, como ha escrito hace poco un amigo, mientras que de un Starbucks solo se va a la oficina o a la clase de *spinning*. Después de todo, tal vez no esté mal ahorrarse revoluciones. Porque es así: al final, el cierre del Comercial nos duele porque es muy difícil no creerse que uno, solo por ser más joven, también era más feliz.

* * *

Si alguna vez tengo la sensación —ilusoria y pasajera— de que me va bien en la vida, tiendo a acordarme de una escena: esas clases de latín vulgar a las ocho y media de la mañana, cuando tenía diecinueve o veinte años y un miedo abrumador, totalmente justificado, hacia el futuro.

* * *

Paso Nochevieja en el salón de Madrid, trabajando en la redefinición del periódico, relativamente tranquilo. Momento para el pasmo durante las uvas —ritual que aborrezco pero que sigo por superstición— porque el presentador de Intereconomía, fuera de sí mismo, casi se declara en directo a la presentadora. Hoy he comido en un Pizza Marzano de Serrano, que es una manera «triste à périr» de comenzar el año, pero, como me dijo una vez Valentí, «no todo es apoteosis».